

El bazar de las mil y una noches

JUAN MORO

Edición de María Ángeles Vázquez



Babab.com
redaccion@babab.com

Noviembre 2001
Volumen nº 8

Copyright © 2001 Juan Moro
Copyright © 2001 Babab.com

Todos los derechos reservados
ISBN: 84-931675-7-6
ISSN: 1575-9385
Madrid, España

Juan Moro, nació en Alhucemas, Marruecos. Ha escrito numerosos cuentos y varias novelas. Su novela *El reflejo* fue galardonada con el Premio *Opera Prima de Narrativa*, convocado por la Asociación Colegial de Escritores de España en 1983 y fallado el día 19 de diciembre por un Jurado compuesto por Antonio Beneyto, Jesús Fernández Santos, Antonio Ferrés, Meliano Peraile y Mercedes Salisachs, actuando como secretario Gregorio Gallego.

PRELUDIO

Coloqué un montón de folios en blanco sobre la mesa y afilé un par de lápices con parsimonia. Me puse las gafas de escribir y encendí un cigarrillo. Perfecto. Hasta ahí lo había hecho muy bien. El ceremonial previo se había desarrollado conforme a lo previsto. Lo malo es que ahora no se me ocurría nada. Miré angustiados a mi alrededor. Un poco de música, quizás. Me zambullí en la montaña de discos polvorientos. Descarté lo extremadamente conceptual y lo exageradamente romántico y me quedé con Ravel. El espíritu del vals llenó la habitación. Satisfecho de mi astucia volví a la mesa. Mordí el lápiz. Seguro que todo consistía en empezar. Por ejemplo:

Como soy muy viejo, he visto morir a todas las mujeres por quienes en otro tiempo suspiré de amor...

¡Bárbaro! Así, cualquiera. Pero yo no era muy viejo, ni muy joven, ni muy conservador, ni muy progresista, ni muy africano, ni muy europeo, ni muy alto, ni muy bajo. Nací con la guerra terminada y el mayo del 68 me cogió a contrapié. Qué testimonio de su tiempo podría dar quien ni siquiera podía dar fe de sí mismo.

Me levanté, desdeñé la ordenada biblioteca con los clásicos obligados y los modernos imprescindibles y me dirigí directamente al cuarto trastero. Allí se apilaban en un gozoso desorden mis lecturas de niño y los libros de mis niños. Sentado en el suelo, pasé revista a Celia, a Cuchifritín y Paquito, a Tarzán, a John Carter y la Princesa de Marte, a Guillermo y los Proscritos, a Emilio y los Detectives, a Bibí y las Conjuradas, a Mary Poppins, a Peter Pan y el Capitán Garfio, a John Silver el Largo, al Coyote, a los Jinetes del Sol Poniente, a Astérix y Obélix, a Roberto Alcázar y Pedrín y al Guerrero del Antifaz.

Entonces lo vi todo más claro. Revolví en un baúl hasta dar con las ropas de mis antepasados. Me puse la chilaba y las babuchas y me colgué una chirimía del cuello. Hoy era día de mercado en la Cañada. Un buen lugar y un buen día. Atajé por el encinar, vadeé el Aulencia y llegué a la plaza del pueblo. Instalé el tenderete entre un puesto de fruta y otro de sandalias. Me llevé la chirimía a la boca y conseguí una serpenteante melodía que congregó en pocos instantes a mi alrededor a un grupo de intrigados espectadores. Sonreí, carraspeé dos veces, levanté una mano y comencé mi historia con el mágico y ritual comienzo que se podía esperar de un árabe melancólico, canoso y desencantado sin nada importante que contar:

—Érase una vez.....

EL TRUENO

Interrumpí mis abluciones matinales. Un traqueteo insoportable hacía retemblar los cristales. Me asomé a la ventana. El camión de la basura trituraba metódicamente los residuos expelidos automáticamente por el edificio durante la noche mientras el conductor preguntaba por la salud de todos y cada uno de los familiares del portero, que colaboraba con entusiasmo en el intercambio de información, inquiriendo, a su vez, por la situación fisiológica del padre, la madre, las tres esposas y los quince hijos de su interlocutor. Tras el camión, una larga fila de vehículos ponía música de fondo a las cortesías matutinas con un estruendoso concierto de bocinas desconcertadas. Suspiré y cerré la ventana. Así era el Magerit de finales de siglo: un caso perdido. Siete millones de habitantes, trescientas mezquitas, doscientas iglesias, cien sinagogas, cinco tugurios en cada calle y un zoco en cada esquina. El centro comercial de la República Islámica de Al Andalus. Un caos dentro de otro caos: la capital del caos.

Abrí el armario. Durante unos momentos dudé entre una chilaba gris perla y otra azul marino. Al final, las descarté y me puse un cómodo terno infiel. Suavicé mi heterodoxo aspecto con un tarbusch rojo. Ciertamente era que no estábamos en Fez, la oscurantista, donde el renacimiento islámico había sido acogido gozosamente y en la que tomar una cerveza podía acarrear que te sumergieran la cabeza en un balde de agua durante varios minutos, pero había que guardar las apariencias. Rematé mi híbrido atavío con la corbata que me había regalado Aixa en mi último cumpleaños.

Contemplé con satisfacción mi imagen ante el espejo: Abselam Ben Abdelkader Torres, comerciante de pro y dueño de uno de los mejores bazares del distrito de la Alcazaba. Bueno, no dueño exactamente. David Serfaty tenía una buena parte del negocio y además su parte crecía y la mía menguaba a medida que yo despilfarraba mis beneficios y me veía obligado a pedirle sucesivos préstamos. ¡Maldito judío!

Deseché los negros pensamientos. Era una hermosa mañana de junio. Al fondo, sobre la sierra, unos gruesos nubarrones, empujados por el viento, se acercaban desde la inhóspita y descreída Castilla, amenazando con ensombrecer el día. Me di un paseo por las tortuosas calles de la Medina. Acababa de terminar el agobiante Ramadán y la ciudad parecía revivir. Me senté donde Mojtar y tomé un refrescante té con hierbabuena y azahar y unos pastelillos de miel al estilo tetuaní. Pedí el periódico. Nada inusual. La habitual contienda Norte-Sur. Materias primas contra productos manufacturados. Y en medio Al Andalus, comprándolo y vendiéndolo todo, compadreado con todo el mundo, acogiendo exiliados de todos los países y cultivando todas las artes. Afortunadamente se le dio una buena paliza a los cristianos en 1212. De lo contrario, nuestro oasis de tolerancia hubiera quedado arrasado por los fanáticos ganaderos del Norte. Y hablando de fanatismo, un grupo de enchilabados y descalzos Hermanos Musulmanes dobló la esquina. Llevaban el pelo cortado al rape, a excepción de una coleta y gruñían una

letanía incomprensible acompañada por panderos y crócalos de metal. Arrastrando los pies y danzando en círculos pasaron a mi lado como la langosta, aniquilando toda posibilidad de diálogo y de entendimiento. El que parecía dirigir el coro me miró con ojos relucientes y ladró:

—¡Usa la lengua del Corán!

Puse cara de pecador arrepentido y doblé cuidadosamente el periódico escrito en andalusi, práctica mezcla greco-latina-árabe que se había convertido en la segunda lengua del mundo, después del franglish, y en el medio de comunicación de toda persona culta del planeta. La harka me olvidó y trasladó sus afanes proselitistas al siguiente cafetín. Eran un problema aquellos muchachos. Como si no tuviéramos bastante con los monoteístas del norte y los politeístas del sur.

Mi paz interior había sido turbada. En esas condiciones no había quien se pusiera a trabajar. Decidí buscar un poco de relajo en los baños de Ben Saíd. Me detuve unos minutos en la esquina para escuchar a Idris, el ciego, que estaba arrancando al laúd una serie de arpegios especialmente inspirados, le di medio dinar y entré en la casa de baños. Confirmé que Yasmina estaba disponible, me desnudé y me tumbé en el diván con una buena pipa de kif en los labios. Como de costumbre, los prodigiosos dedos de la mulata dispararon mis mejores y más poéticos instintos. Al tiempo que mis pulsaciones se incrementaban y la sangre entraba en ebullición, comparé a Yasmina con una paloma, más tarde con una gacela y ya en la cresta de la ola, prometí adornar su cuello con un collar hecho con mi corazón y con mis ojos. Luego, relajado ya y sumergido en un baño de aromática espuma, pensé que quizás me había excedido en mis promesas y que tampoco era para tanto, pero Yasmina era una mujer comprensiva y no tomaba al pie de la letra mis desmanes verbales en momentos de euforia.

Reconfortado y con la mente abierta para recoger las mejores vibraciones y los estímulos más hermosos, salí a la calle. La naturaleza me ofreció, además del habitual altercado callejero, un olor a ozono y a tierra mojada que preludiaba una tormenta veraniega. Subí a un taxi. Con una sonrisa beatífica escuché las quejas del conductor sobre el anárquico estado de la nación, especialmente del tránsito rodado, la incompetencia del caíd y la constante depreciación del dinar. Pagué el viaje y añadí una generosa propina porque su perorata había sido un prodigio de ironía y de uso florido de las mejores jergas de Magerit, y entré en el bazar.

David me largó una mirada asesina y pasó por mi lado murmurando:

—Ya hablaremos luego.

Eran las doce la mañana y el bazar tenía sus tres plantas repletas y sus cincuenta empleados a tope. Me dirigí a mi despacho.

—¿Cómo está la cosa, Sara?

—Mal, Sidi Abselam. Tres proveedores esperando una hora, el que menos.

Odiosos extranjeros, odiosamente puntuales. Mandé pasar al primero. El pequeño oriental derramó sobre mi mesa la última generación de ordenadores miniaturizados. Los había que cabían debajo de una uña. Me interesé por la posibilidad de aplicar la informática a la composición de un zejel sobre el rumor de las palmeras en el oasis de Tamanrasset, no pareció entender nada y lo despedí

arguyendo que aquellos inventos eran aún demasiado grandes para los refinados gustos de Al Andalus. Que ya que no había forma de disimular su evidente utilidad al menos era deseable que no se vieran, para evitar romper la íntima armonía de las cosas. Se fue desconsolado.

Don Nuño Núñez era un estirado castellano sin sentido del humor. Me largó una tarjeta en la que acreditaba ser un importante preboste del Honrado Concejo de la Mesta, lo que no era precisamente una recomendación. Me tuve que poner un poco duro para bajarle los humos. Le informé de que yo era un ardiente partidario de la ecología y de la lana en estado primigenio, fuera de churras o merinas, pero que, o se ponía razonable con los precios o me pasaba a los acrílicos escandinavos. Veinte minutos de regateo y concertamos un precontrato que me aseguraba la exclusiva para dos años a cambio de ciertos privilegios arancelarios que yo me comprometía a lograr del Majzen. No llegamos a tocar el desgraciado asunto de las guerras de religión para no encizañar la cosa.

La agregada comercial de Zululandia era algo digno de verse. Me negué a entrar en materia hasta que aceptó tomar conmigo una copa de vino de Gades y la lié para cenar en Almunia al estilo almorávide. Luego abrió su muestrario. Diamantes. Después de establecer las comparaciones de rigor entre su mercancía y la deslumbrante belleza de sus ojos, estudié sus condiciones. Eran duras, pero estaba en su derecho. El valor de las piedras preciosas subía como la espuma en tiempos de crisis y llevábamos un lustro de crisis. Me reservé la contestación hasta el día siguiente. Tal vez la intimidad nocturna la ablandara. Al despedirme me propasé lo justo para no defraudarla, pero sin que se me pudiera acusar de grosero o poco hospitalario.

Sara asomó la jeta para notificarme que no había más pelmazos en la antesala pero que Sidi David estaba empeñadísimo en hablar conmigo de inmediato. Pedí una tregua de diez minutos y repasé la correspondencia. Nada especial a primera vista, salvo un sobre sin franqueo ni membrete. Debía ser el anónimo semanal de los Hermanos Musulmanes exigiendo el impuesto islámico. Lo abrí más que nada por rutina, porque no pensaba hacer ningún caso. Lo malo era que había una variante. Los Hermanos Musulmanes me deseaban los mayores favores de Allah, que no hay otro Señor fuera de él, y me informaban de que, en vista de mi contumaz y evidente tacañería, que sólo podía justificarse por mi impiedad, iban a tener que pasar a mayores. Suspiré. Qué hacer con cabezas rapadas llenas de serrín. Era un riesgo calculado. De cuando en cuando acuchillaban a alguien o hacían volar algún comercio, pero yo no estaba dispuesto a dejarme avasallar.

Llamé a David. Se sentó, rechazó mi oferta de compartir el aperitivo y me miró malignamente.

—¿Conoces con exactitud tu estado financiero, Abselam?

Cómo iba yo a conocer el estado de mis finanzas. ¿Acaso no tenía cosas más importantes que hacer? ¿No lo había tomado a él como socio para resolver esas minucias?

—Abselam, yo te admiro profundamente. Conduces los mejores coches y te beneficias a las mejores hembras de Magerit. Tu vestuario hace palidecer de envi-

dia a los moros notables. Eres el árbitro de la elegancia. Eres capaz de poner de moda un restaurante o una casa de baños con sólo ir una vez. Por todo eso lamento decirte que estás en la ruina.

–Hombre, David, no exageres.

–No exagero. Si antes de una semana no me devuelves el medio millón de dinares que me debes me resarciré con tu parte del negocio.

–Pero, David, tú sabes que eso vale mucho más.

–Lo sé, pero tú lo ofreciste como garantía. Firmado y sellado, con la rúbrica de cinco adules.

Para qué seguir discutiendo. Le di unas palmaditas en la espalda, le dije que no se preocupara y salí a la calle. Los nubarrones estaban allí encima, destilando una mísera lluvia que apenas manchaba la calle, pero que podía degenerar fácilmente en una estruendosa tormenta de verano. Resolví motorizarme. Doblé la esquina y localicé mi flamante Onoshi Córdoba. Lo último en electrónica oriental con ruedas. Abrí la puerta del coche y entonces reparé en un leve rasguño en la cerradura. No sería nada, pero más valía ser cuidadoso. Abrí el motor. Allí, ominoso, siniestro, un pequeño artilugio cableado denotaba las perversas intenciones de mis enemigos. Me habría bastado girar la llave de contacto para haber gozado de un primer plano de las huríes del Paraíso. Cerré el capot con cuidado y medité unos instantes. Pensándolo bien, hacía tiempo que David me estaba llorando para que le dejara probar el Onoshi y aquél era un momento tan bueno como otro cualquiera. Volví al bazar.

–David, ¿te apetece dar una vuelta en mi coche? Yo prefiero ir paseando y así de paso me lo dejas en el garaje.

Me miró con desconfianza.

–No estarás sobornándome, ¿verdad? No pienso concederte ni un día más de plazo.

–Por favor, David, ¿quién piensa en eso? Anda, toma las llaves. Recuerda que la marcha atrás es apretando a fondo y a la derecha.

Cogió las llaves con la mirada reluciente y salió del bazar. Encendí un cigarrillo turco. Verdaderamente David se estaba poniendo muy pesado los últimos días.

La explosión hizo temblar los cristales del escaparate. Tiré el pitillo al suelo y corrí hacia el coche esperando encontrarlo en mil pedazos.

El Onoshi estaba en su sitio, espectacular y rutilante. David, sentado dentro, probaba las marchas. Me miró con satisfacción:

–¿Has oído jamás un trueno semejante, Abselam?

Y entonces giró la llave de contacto

LA GUMÍA

Ahmed salió del Hospital Clínico de la Universidad Coránica de Al Mansur. Se tocó la cabeza. Unas pequeñas cicatrices casi imperceptibles eran las únicas señales de la delicada intervención quirúrgica. Verdaderamente era una eminencia el doctor Ben Al-Jattab. Una operación de una hora y los terribles dolores de cabeza que lo habían llevado al borde del suicidio habían desaparecido. Ya podía hacer vida normal. Descansaría unos días y luego se reintegraría a su puesto de cajero en el Bazar “Las Mil y Una Noches”. Pero antes que nada quería saludar a Sidi Abselam y agradecerle su generosa ayuda.

Una ligera llovizna refrescaba las polvorientas calles de Magerit. Gruesos nubarrones caían sobre la meseta descendiendo desde la frontera del Norte. Antes de la operación, aquel cambio de tiempo le hubiera provocado una atroz neuralgia. Ahora, sin embargo, lo revitalizaba. Respiró a pleno pulmón. Allah, sea siempre excelso, se había apiadado de él. Debía procurar recordarlo en la oración de la tarde.

Se resguardó de la lluvia en los soportales de la Torre de Magerit. Al otro lado de la calle, el edificio Al Andalus competía en altura con la Torre, desdibujando la delicada perspectiva del Alcázar y de la Gran Mezquita. Ahmed se estremeció. No se encontraría a gusto del todo hasta que no llegara a las angostas y protectoras calles de la Medina. Al cruzar la calle sintió un ligero vahído. Se apoyó en un semáforo y buscó un pañuelo entre los amplios pliegues de la chilaba. Su mano tropezó con algo inusual que colgaba de su cinturón. Desabrochó la hebilla y extrajo el objeto con cuidado. Entre desconcertado y horrorizado, Ahmed contempló la curva y afilada gumía de puño de plata. Arrastrando penosamente las babuchas buscó un banco donde sentarse mientras algo viscoso y perverso pugnaba por introducirse en su mente.

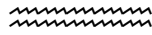


La perra aguantaba pacientemente las tropelías del cachorro que, balanceándose ridículamente sobre sus débiles patas, mordisqueaba la cola de su madre. El doctor Ben Al-Jattab, desde un estrado que dominaba la jaula donde retozaban los animales, los contempló fríamente y se volvió hacia el auditorio. Dos docenas de científicos de todos los países aguardaban expectantes su intervención.

—Una escena enternecedora —comenzó—. El cachorro se puede permitir la audacia de morder y pisotear a su madre sin ningún riesgo, porque los instintos de la madre están cuidadosamente codificados para cuidar y proteger a su camada. No les aconsejaría a ustedes que intentaran hacer algo al cachorro —se acercó a la jaula y la perra gruñó amenazadora, enseñando sus poderosos colmillos.

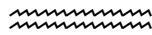
—Pero en este esquema —continuó— se ha producido una pequeña variante.

He introducido en el cerebro del animal un diminuto artilugio que me permite controlar a distancia sus reacciones. Antes de hacerles una demostración les voy a explicar los detalles técnicos –las luces se apagaron y el doctor comenzó a proyectar diapositivas sobre una pantalla.



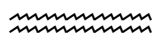
Ahmed se levantó, colocó de nuevo la gumía en el cinturón y comenzó a caminar de forma insegura. ¿Dónde viviría aquel maldito mozárabe? ¿Cómo una persona de tan baja catadura se había atrevido a insultar al noble y piadoso doctor Ben Al-Jattab? Alguien debería castigarlo. Agarró con fuerza el puño de la gumía y se internó vacilante en el Zoco de Poniente. Deambuló entre los vendedores de alfombras sin rumbo fijo mientras unas imágenes inconcretas asaltaban su cerebro sin terminar de formarse por completo: una pequeña plaza arbolada, una casa con una puerta de madera claveteada, una ventana enrejada y una sombra de pie delante de un caballete con un pincel en la mano. Se llevó una mano a la frente sudorosa y forzó la imaginación intentando enfocar el rostro de la sombra.

–¡Allah lo aniquile! –murmuró y se lanzó decidido por una estrecha callejuela.



El Doctor Ben Al-Jattab hizo un gesto con el brazo y las luces se encendieron.

–Creo que han comprendido ustedes en líneas generales el esquema de mi tesis–Ahora es el momento de hacerles una pequeña demostración–. Se dirigió a un panel de instrumentos y manipuló los mandos. Se encendieron unas luces parpadeantes. La perra se levantó gruñendo rencorosamente. El cachorro se acercó a ella y mordió una de sus patas. La perra volvió a gruñir. El doctor movió un dial y el parpadeo de las luces se incrementó. La perra se agazapó y de pronto, se proyectó sobre el cachorro con violencia y lo degolló con un solo golpe de sus mandíbulas.



Ahmed llegó jadeante a una pequeña plaza arbolada y la rodeó hasta una ventana enrejada. Un hombre de aspecto apacible, con una paleta en una mano y

un pincel en la otra contemplaba un lienzo con atención. Miró hacia afuera y sonrió afablemente a Ahmed.

—¿Puedo servirle en algo?

Ahmed sintió un nuevo mareo y se agarró a la reja.

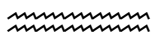
—No me encuentro bien —dijo débilmente—. Si pudiera darme un poco de agua.

El hombre meneó la cabeza compasivamente y salió de la estancia. Abrió la puerta claveteada y ofreció un vaso de agua a Ahmed que lo rechazó de un manotazo.

—¡Estúpido cristiano! —dijo sordamente, mientras sentía como una ola de rencor lo invadía y lo dominaba —¡Perro!—. Sacó la gumía y la blandió ante los ojos del hombre que retrocedió pálido hasta tropezar con la pared. Ahmed agarró al hombre por los cabellos y levantó la reluciente hoja en el aire.

Una luz zigzagueante se enroscó entre los árboles de la plaza y un gran ruido rebotó en las paredes de los edificios. Ahmed se quedó rígido y miró incrédulo al hombre que se debatía ante él. Luego bajó lentamente el brazo, contempló aterrado la gumía y la dejó caer en el suelo.

—¡Allah se apiade de mí! —dijo roncamemente y huyó bajo la lluvia con los brazos abiertos y la chilaba flotando.



—Su pregunta es muy interesante —dijo el doctor Ben Al-Jattab—. Es evidente que esta técnica podría ser aplicada al hombre. Pero pienso que debe ser perfeccionada. No creo que diera buenos resultados.... por ahora.

EL GENIO

Los escaparates del Bazar de las Mil y Una Noches ofrecían un muestrario heterogéneo de insólitas mercancías: diminutos receptores de radio, muñecas de goma de tamaño natural, plantas carnívoras, filtros de amor, emisoras subliminales, piedras preciosas de cualidades hipnóticas, pipas de *kif* y *caftanes* que se tornaban opacos o transparentes a voluntad de su propietaria.

Aladino se miró de reojo en un espejo, alisó su revuelta melena y compuso la expresión de un honrado cliente que va a echar un vistazo en el bazar por simple curiosidad. Luego entró. A sus dieciseis años había sufrido ya media docena de condenas por hurtos de poca monta, pero no había escarmentado, ni pensaba escarmentar. Las inalcanzables maravillas del bazar eran una tentación demasiado fuerte para él. Deambuló con aire indiferente por la planta baja, calculando las posibilidades de echar la zarpa a alguna mercadería de poco volumen y alto precio. De pronto, una voz cavernosa retumbó a sus espaldas:

—No estarás maquinando ninguna herejía, ¿verdad, Aladino?

Un descomunal *sjj* con barba y cabellera de largo metraje y un corvo cuchillo en la cintura lo miraba irónicamente.

—¿Cómo podría un pobre infeliz como yo intentar nada sabiendo que su señoría vigila?

—No podría. Mira —señaló unas cámaras de televisión que, desde cada ángulo, barrían toda la planta—. El último invento de Sidi David.

—*Allah* es grande y su sabiduría no tiene límites —contestó Aladino—, pero conociendo la tacañería de Sidi David le veo a vucencia pronto pidiendo limosna en una esquina. ¡Anda y córtate las greñas, tío! —gritó y salió a escape con el *sjj* resoplando como un búfalo en su cogote.

Aladino dibujó dos rápidos regates y se precipitó escaleras abajo. Llegó a la planta sótano y se metió en un probador. A través de las rendijas del biombo comprobó que el furibundo *sjj* se apostaba en la única salida con los brazos cruzados. Comenzó a sudar. Si el cancerbero lo agarraba nadie le iba a librar de una paliza histórica. En mala hora se le había ocurrido mentarle la pelambreira a un *sjj* tan corpulento. Se sentó en el suelo deprimido y dejó pasar algunos minutos. Luego volvió a mirar. El *sjj* seguía allí, paciente y amenazador como un ídolo indostánico. Pero una nueva complicación se presentó. Una voluminosa dama dio la vuelta al biombo y entró en el probador con unas prendas en la mano.

—Por favor, señora. No me descubra. El padre de mi novia me persigue con una tremenda cimitarra.

—Qué le habrás hecho tú a tu novia, picarón. No temas. Anda, ayúdame a quitarme el sostén. Favor por favor. ¡Uf, qué alivio! ¡Qué manos tan suaves tienes! Abróchame esta blusa. ¿No crees que el azul me va mejor con el amarillo? Dime, ¿no me encuentras atractiva? Pero, ¿dónde vas desgraciado?

—Prefiero la cimitarra, señora —Aladino salió gateando del probador y se escurrió tras unas alfombras del Turquestán. A pocos metros, una puerta disimu-

lada en la pared se abrió chirriando, un empleado salió cargado de paquetes y la dejó entreabierta. Aladino se deslizó por el hueco. Una escalera tenebrosa se perdía en las profundidades del edificio. Dudó unos instantes pero, a sus espaldas, la puerta se cerró con un golpe seco y alguien dio dos vueltas a la llave.

Aladino encendió una cerilla y tanteó las paredes hasta localizar un interruptor. Lo accionó. La escalera terminaba en un gran almacén abarrotado de mercancías. A la derecha, una larga hilera de juegos electrónicos ocupaba un lugar preferente. Lanzó un grito de gozo. Al menos, mientras se volviera a abrir el recinto, tendría entretenimiento. Consumió las siguientes dos horas en perfeccionar su técnica de desintegrar extraterrestres y entonces empezó a inquietarse. No había ninguna razón para pensar que iba a pasar allí el día, pero nadie obligaba a los empleados del bazar a volver al almacén si no tenían que reponer ninguna mercancía. Exploró la nave. No parecía haber salida alguna. Tras un montón de aspiradoras descubrió un curioso artilugio con una gran pantalla y un teclado. Le picó la curiosidad y manipuló los interruptores. La pantalla se iluminó y compuso unas letras verdes:

–Bienvenido. Inserte el disco en la ranura número uno.

Aladino miró a su alrededor. De una caja semicerrada asomaban varios objetos de plástico oscuro. Escogió uno al azar y lo metió en la ranura. La pantalla parpadeó perezosamente e informó de que estaba asimilando el contenido del disco. Aladino se rascó la cabeza intrigado y se preguntó qué clase de pitorreo electrónico sería aquél.

–¿Qué aplicación desea escoger? –preguntó el artefacto y una aburrida relación se desplegó a continuación:

–*Facturación*

–*Nóminas*

–*Estadística*

–*Tratamiento de textos.*

No parecía muy apasionante. Aladino volcó la caja y los discos se desparpararon por el suelo, todos idénticos y rutinarios. Otra caja, cuidadosamente cerrada, reposaba sobre la mesa. “FRAGIL. TRATAR CON CUIDADO. NO ABRIR SIN AUTORIZACION EXPRESA DE LA DIRECCION” rezaba un gran precinto.

Aladino disfrutaba con las prohibiciones. Sacó una navaja del pantalón, cortó el precinto y desguazó la caja. Una masa considerable de fibra de vidrio protegía un pequeño recipiente con otra advertencia: “ATENCION. NO ABRIR. MUY PELIGROSO”.

Aladino adoraba el peligro. Se humedeció los secos labios y con sumo cuidado levantó la tapa del envase. Una gran humareda se esparció por el aire. Cuando se disipó pudo ver un objeto de forma parecida a los discos desechados, pero de un color indefinido y cambiante. Lo cogió con la punta de los dedos y lo introdujo en la ranura. Después se colocó a una prudente distancia de la máquina y se agazapó tras una nevera. Al cabo de unos segundos, la pantalla lanzó dos deslumbrantes destellos y produjo un extraño galimatías de puntos y rayas que, poco

a poco, fue concretándose. Un rostro macilento, con grandes bolsas bajo los ojos, una larga barba y un aparatoso turbante ocupó toda la pantalla. Una voz pavorosa, que parecía emerger del suelo del almacén, resonó, multiplicándose en ecos distorsionados:

–Soy vuestro esclavo y vuestro siervo. Mandad y os obedeceré.

Aladino abandonó su refugio, se sentó con las piernas cruzadas ante la máquina y dijo:

–¿Cuáles son las reglas del juego?

–¿Juego? ¿Qué juego? ¿Quién osa burlarse de mí?

–Aladino Lucas y no me burlo de nadie, pero tampoco me gusta que se bur-len de mí. Si no eres un juego, ¿qué es lo que eres?

–Yo soy un genio –dijo la voz con mal disimulado orgullo.

–Ya, y ¿qué haces ahí dentro?

–Yo no estoy dentro. Todo está dentro de mí. La luna, las estrellas, el uni-verso. Soy continente, no contenido.

–Según eso, ¿yo estoy en tu interior?

–Sí.

–Pruébalo.

La imagen se esfumó y un rumor de laúdes temblorosos, olas moribundas, leños crepitantes, semillas germinando, inundó el almacén. Las mercaderías se agi-taron, movidas por una fuerza descomunal, perdieron su volumen y se extendie-ron planas, impresas sobre las paredes. Aladino comenzó a girar sobre sí mismo y, a medida que lo hacía, se desprendió de la gravedad y se encontró flotando. La voz, íntima y envolvente, volvió a hablar:

–¿Y bien?

–¿Dónde estoy? –dijo Aladino.

–Dentro de mí.

–¿Dónde estás tú?

–En todas partes. ¿Me crees ahora?

–Sí. ¿Sigues siendo mi siervo?

–No tengo más remedio. He sido programado para ello.

–Entonces escucha.....

Un inmenso oído se dibujó en el aire y se acercó a la boca de Aladino que comenzó a cuchichear. La voz tronó enfática:

–Vuestros deseos se cumplirán.

Una alfombra de cristal sobrevoló Magerit, filtrando los rayos del sol y con-vertiéndolos en rayos y centellas. Aladino, en cuclillas sobre la alfombra, gritaba alborozado mientras las radios, las muñecas, las plantas, los filtros de amor, las emisoras, las piedras preciosas, las pipas de *kif* y los *caftanes* atravesaban los crista-les de los escaparates del Bazar de las Mil y Una Noches y volaban vertiginosos tras la alfombra. En el interior del bazar, el sij contemplaba demudado como los pelos de su barba caían en puñados al suelo y se entretejían formando una alfom-bra en la que en grandes letras se podía leer: ALADINO.

EL DOBLE

Dos años. Dos años tras los pasos de Mojtar, el grande, el inaccesible, el oculto dueño del gran capital de Magerit. Lo he seguido día tras día por sus itinerarios habituales, disfrazado de músico ambulante, de vendedor de periódicos, de derviche loco, de mendigo. Instalado en un ático que domina su casa, controlo sus movimientos domésticos mientras un magnetófono registra las conversaciones cotidianas que llegan desde los micrófonos ocultos en sus habitaciones. Suplantando a un industrial de Casablanca he penetrado en el selecto club Kutubía, centro de las finanzas de Magerit, y he estrechado la mano de Mojtar y conversado largamente con él.

Conozco sus costumbres públicas y sus hábitos privados. Sé de sus regulares e inconfesables visitas a una pequeña casa de la ribera del río. Es su única debilidad, el único momento en que su escolta no le protege.

Dos años. Dos años largos mezclando mi sombra con su sombra, diluyendo mi identidad, absorbiendo sus sentimientos, asimilando sus últimas motivaciones, destruyendo mis perversiones para dejar sitio a las suyas. Ahora, ante el espejo, abordo la parte más sencilla de mi plan. Maquillo mi cara, tiño mi pelo, recorto cuidadosamente mi barba y me pongo las lentillas que darán a mis ojos el color exacto de los ojos de Mojtar, mientras duplico las cadencias, las inflexiones y los giros de la voz que suena incansable en el magnetófono.

Conviene actuar ya. He notado que Mojtar se revuelve a veces inquieto, turbado, como si le molestara la tela de araña que empieza a envolverle. No puedo esperar más. El cerco ha sido duro y su mente, asediada y puesta a prueba, podría advertirle del peligro.

Al volante del taxi espero ante la casa de la ribera. Mojtar sale, sube al coche y me indica la dirección de su casa.

—Tendremos que dar un rodeo, excelencia. Un camión cisterna ha volcado en el puente de Abderrahman —digo servicialmente.

—Vaya por donde quiera.

—Gracias, excelencia.

Atajo por el parque del Magreb, doy un volantazo y meto el vehículo por un ignorado camino de tierra.

—Lo siento, excelencia, un pinchazo.

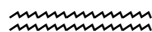
—¡Vaya! Acabe pronto.

—¿Podría bajarse un momento?

El banquero desciende y me mira de frente por primera vez. Una mueca de horror deforma su rostro al reconocerse en mí.

—¿Quién demonios es usted?

Aplico un paño con cloroformo a su cara. Se debate inútilmente y cae. Le inyecto una dosis letal de heroína adulterada. Pincho sus brazos y sus piernas, le afeito la barba y cambio sus ropas por las mías.



Abro la puerta de la casa.

—¿Mojtar?

—Sí, cariño.

—Qué tarde vienes.

—Un maldito pinchazo del taxi.

Rozo apenas los labios de mi mujer. Debo ducharme antes de que pueda olfatear los indicios de mi infidelidad. Entro en el dormitorio y me asomo un momento a la ventana. En el piso de enfrente unas cortinas se cierran precipitadamente. Me siento en la cama aturdido. Es extraño. Siento como si alguien me espicara, como si una tenue tela de araña me envolviera, absorbiendo mis ideas y mis sentimientos.

—Mojtar, amor, ¿has visto qué calor? Parece que se prepara una tormenta.

Debe ser eso. El calor opresivo de junio, la electricidad del ambiente. En cuanto descargue se me pasará esta estúpida sensación.

EL PEZ

Soraya miró con desconfianza al vendedor que parloteaba sin cesar:

—...y puestos a buscar el justo equilibrio, la ponderación precisa, la armonía perfecta entre precio y calidad, no hay duda de que este acuario se lleva la palma. Observe, señora....

—Señorita.

—Observe, señorita, la belleza del cristal, la proporción de las formas, el admirable espacio interior, contrastando con sus ridículas dimensiones exteriores y, sobre todo, la belleza inigualable, majestuosa, de este pez único, capturado en el Océano Indico, de una rara y desconocida especie.

—Raro sí es..., pero un solo pez...A mí me gustaría tener una docena de vulgares pececillos de colores que me alegraran la vista. ¡Estoy tan sola!

—Porque usted quiere, señorita.

—Ande, no sea zalamero. Ustedes, los del Bazar de las Mil y Una Noches, son capaces de todo para vender. ¡Menuda fama tienen!

—La verdad —el vendedor bajó la voz y se puso confidencial— es que no hemos conseguido que este bicho conviviera con ningún congénere. Se los come de inmediato. Nunca he visto un caso de voracidad semejante. Pero reconozca que es un ejemplar admirable y a un precio ridículo.

—Bueno —suspiró Soraya—, siempre podré aprovechar el acuario si se muere el pez. Ciertamente es una ganga.

—Perfecto. Abonar en caja, por favor. ¿Dónde lo enviamos?

—Avenida del Emir Suleiman, 14, 4º.

—Mañana lo tendrá usted allí. Le felicito por la compra.

—Calle, calle. Bien a gusto que se ha quedado colocándome este animal.



Soraya contempló con arrobó el acuario. Verdaderamente había sido un acierto. En el ángulo del salón, entre la palmera y la jaula de los periquitos, lucía una barbaridad. Las burbujas coloreadas se arremolinaban entre las rocas y las plantas acuáticas, escoltando al majestuoso pez que circulaba por sus dominios tomando la medida a su nuevo hogar. Desde luego era un ejemplar inusual y, mirándolo bien, no carecía de cierto atractivo. El problema estaba en definir su forma y su color que parecían cambiar constantemente. Efectos ópticos, sin duda, pensó Soraya que meneó la cabeza desconcertada y se acercó a la pajarera para limpiarla. El pez se desplazó vertiginosamente hasta la pared del acuario más cercana a la jaula y se petrificó, mirando con fijeza la operación. Soraya abrió la puerta de la jaula y los periquitos, batiendo sus alas desesperadamente, salieron de su encierro, revolotearon unos segundos por la habitación y huyeron por una venta-

na abierta. El pez abandonó su observatorio y se deslizó perezosamente entre dos rocas.



El gato entró en la habitación. Soraya, con lágrimas en los ojos, bordaba en un bastidor. El gato ronroneó y se frotó contra la pierna de su ama. Soraya lo acarició mientras el gato arqueaba el lomo complacido.

—No estarás pensando en irte como esos desagradecidos pájaros, ¿verdad, Radamés?

Los pelos del gato se erizaron súbitamente. Tras el cristal, inmóvil, el pez lo acechaba. El gato maulló intrigado, subió a la mesa y comenzó a rodear la pecera.

—Radamés, estáte quieto.

El gato se encaramó sobre el acuario y lanzó una garra sobre el dorso del pez. Un violento chasquido hizo temblar las paredes. El gato se curvó en el aire y cayó fulminado.



Soraya se balanceaba sentada en la mecedora. En el acuario, el pez subía y bajaba al compás del vaivén de la mujer. El teléfono sonó.

—¿Sí?

—.....

—Hola, Abdul. Cuánto tiempo sin saber de tí.

—.....

—Pues ya ves, chico, aquí, dejando pasar el tiempo.

—.....

—¿Dónde?

—.....

—Me apetece mucho. Espera que voy a anotar la dirección.

Soraya se dirigió a la librería y cogió un pequeño bloc de notas. Echó una distraída mirada a la pecera. El pez, inmóvil, la miraba. Soraya se llevó una mano a la frente. Luego cogió de nuevo el teléfono:

—¿Abdul?

—.....

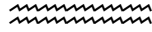
—Lo siento. Acabo de recordar que he quedado con un amigo.

—.....

—Mañana imposible. Mira, yo te llamaré en cuanto pueda.

—.....

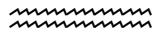
—Adiós.



La habitación era un horno. Soraya se asomó a la ventana. Las nubes se agrupaban formando un denso frente oscuro que absorbía la antena de televisión. Bajando por las laderas de la sierra un alud de estampidos sonoros se precipitaba sobre Magerit. Soraya se sentó en la mecedora y comenzó a abanicarse.

—¡Qué calor! —murmuró.

En el acuario el pez trazaba lentos círculos. Un relámpago penetró en la habitación y las escamas del pez refulgieron violentamente. El agua de la pecera comenzó a hervir. Soraya se llevó una mano a la boca, ahogando un grito, se levantó y se acercó al acuario. Inmerso en la ebullición, el pez interpretaba una danza solemne, lanzando violentos destellos. Soraya cerró los ojos y comenzó a contonearse lúbricamente mientras desabrochaba su bata. Luego se arrodilló junto a la pecera y miró de hito en hito al pez que, enloquecido, arremetió contra el cristal.



Soraya acunaba con suavidad a la criatura arrullándola.

—Duerme, duerme, preciosa mía, duerme, mi bien. Tu madre te protegerá siempre de esa panda de incrédulos malvados. Duerme, mi amor, que tu madre necesita pensar para buscarte un nombre adecuado, un nombre digno de tí...

Se interrumpió desconcertada. ¿Cuál sería el nombre adecuado para una sirena?

EL ESPEJISMO

La ceramista contempló desolada el estado de su taller. Cinco meses de incuria y abandono lo habían transformado en un amasijo de polvo y telarañas. Meneó la cabeza con desaliento. Costaría tiempo poner aquello en orden. Comenzó por el torno. Lo limpió con cuidado y lo conectó al microprocesador. Un leve chispazo y un fuerte olor a goma quemada fue el resultado. La ceramista se sentó en un desvencijado sofá y se puso a llorar.

La puerta del taller chirrió agudamente y un negro de corta estatura que vestía una lujosa *kandora* sureña se recortó en la entrada. Su mirada recorrió desdeñosa los estantes abarrotados de productos químicos y de sacos de arcilla y se detuvo en la ceramista que se incorporó enjugando sus lágrimas.

—¿Hadiya Ben Abderrahim?

—Sí. ¿Qué desea?

—Mi amo quiere verla.

—¿Quién es su amo y dónde está?

El negro miró a la ceramista con desprecio. Luego, con voz solemne, salmodió:

—Saíd Ben Saíd, señor de Kabila, Medik y Restinga, Consejero Aulico del Visir de Tetuán, miembro de la Orden de la Mehdauía....

—Vale, tío. ¿Dónde está ese fenómeno?

—En la calle.

El negro abrió la puerta y se inclinó. Hadiya sacudió el polvo de sus manos y lo siguió.

—¡Qué demasiado! ¡Un camello!

—Dromedario, señorita —Ben Saíd hizo que el animal se arrodillara y descendió con parsimonia. Vestía un ajustado *caftán* kuwaití de color blanco. Un grueso collar de oro asomaba bajo su cuidada barba negra. Un *tarbusch* rojo se ladeaba sobre su frente. Miró inquisitivo al negro que afirmó con la cabeza.

—Es ella, señorita.

Ben Saíd chasqueó los dedos. El negro se arrodilló ante él ofreciéndole una pequeña cajita abierta. Ben Saíd cogió una pizca de rapé, lo colocó en el dorso de su mano y aspiró profundamente. Estornudó dos veces con satisfacción y se acercó a la ceramista:

—Vengo del Bazar de las Mil y Una Noches. He visto allí alguna de sus obras. Me interesaron tanto que pedí su dirección y vine inmediatamente.

—¿En camello?

—En dromedario. ¿Puedo pasar? Estoy ansioso por ver su taller.

La ceramista se encogió de hombros.

—Allá usted. Pero luego no se queje si se le ensucia su precioso *caftán*. Pase por aquí. Dígame, ¿cómo un señorón del Sur puede estar interesado en el trabajo de mi humilde persona?

—¿No sería mejor que habláramos ante una taza de té?

—La verdad es que no sé si....

Ben Saíd la interrumpió con un gesto y dio una palmada. El negro entró con una bandeja de plata, la puso sobre el suelo y comenzó a mezclar el té, la hierba-buena y el azúcar. Encendió un pequeño hornillo de gas e hirvió el agua que vertió en la tetera. Un fuerte aroma meridional impregnó el taller. Sirvió la infusión en dos pequeños vasos, encendió una varita de sándalo y se sentó en cuclillas en una esquina.

Hadiya hizo un gesto de impotencia y se derrumbó en una silla desencolada. Ben Saíd cogió delicadamente con dos dedos su vaso, absorbió parte de su contenido con fruición y sonrió:

—Odio hablar de negocios con precipitación. Ustedes, los de Magerit, se pasan el día corriendo de un lado para otro con la lengua fuera.

Hadiya cogió su vaso, olió el té y lo probó:

—Oiga, está bueno esto. Es como... como muy estimulante. ¿No me estará dando un alucinógeno?

—Las alucinaciones existen y, por tanto, no son necesarios filtros ni bebedizos para provocarlas. Usted, por ejemplo, podría ser una alucinación ...

—¡Jopé! Ya sé que no estoy muy presentable esta mañana, pero tampoco es eso...

—Yo —prosiguió imperturbable Ben Saíd— puedo ser una alucinación. Moharras —miró despreciativo al negro— merecería ser una alucinación.

El negro produjo una pavorosa sonrisa en la que flotaba un melancólico y solitario diente de oro.

Hadiya se estremeció y apuró el contenido del vaso.

—¿Le parece a su señoría que el ambiente está lo suficientemente distendido y aromatizado como para hablar de negocios a la usanza meridional?

Ben Saíd hizo una profunda inspiración y pareció calibrar ponderativo la atmósfera circundante.

—Hay aún efluvios de ácidos y trementina perceptibles, pero en fin ... —se atusó la barba y Moharras puso ante él con deferencia un pequeño cofre primorosamente trabajado. Ben Saíd lo abrió y volcó su contenido sobre la mesa. Una cascada de pequeños cilindros coloreados se esparció sobre el polvo y los restos de arcilla.

—¡Fósiles de Gulimín! —proclamó Ben Saíd—. Obsérvelos con atención. Todos iguales y todos diferentes. El mismo tamaño, la misma textura y mil combinaciones de colores y dibujos. Una alucinación prehistórica. Las arenas del Sahara han empleado millares de años en tallar y decorar cada pieza inigualable.

La ceramista palpó reverencial las piedras:

—¡Allah misericordioso! ¿Qué tengo yo que ver, mísera artesana, con este prodigio?

—Todo. Sus manos han sido elegidas para modelar una vasija única en la que se incrustarán todas y cada una de estas piedras, colocadas de forma caprichosa y aleatoria en apariencia, pero obedeciendo en lo más profundo de sus relaciones a reglas exactas, matemáticas, cósmicas. El resultado será algo único que me pro-

porcionará un poder mágico y exclusivo sobre ...—Ben Saíd calló de repente.

—¡Adelante, hombre! ¿Por qué se detiene?

Ben Saíd miró cauteloso a su alrededor. El negro dormitaba con la cabeza inclinada sobre el pecho. El aroma del sándalo y la hierbabuena disolvía los últimos restos de las telarañas de los rincones. Acercó su boca al oído de la ceramista y musitó:

—... sobre los espejismos.

Hadiya miró de hito en hito al hombre del Sur y meneó la cabeza compasiva:

—Vale, tronco. Eso está hecho. ¿Cuándo empezamos?

Ben Saíd suspiró aliviado:

—Menos mal. Temía que no me tomara en serio.

—¡Qué tontería! Los espejismos son cosa de todos los días en Magerit.

Ben Saíd tosió discretamente. Moharras se levantó de un brinco y ofreció a la ceramista un pergamino amarillento con los bordes carcomidos.

—Lo que hay que hacer está aquí escrito.

Hadiya desenrolló el pergamino, lo extendió sobre la mesa y comenzó a leerlo. Luego miró a sus visitantes con incredulidad.

—Pero esto es un programa en Cobol.

Ben Saíd se encogió de hombros.

—Si usted quiere llamarlo así ... Es un manuscrito del siglo XI. Contiene una fórmula única del alquimista toledano Ibn Motamid. ¿Puede entenderlo?

La ceramista alisó cuidadosamente el pergamino y lo clavó en la pared con unas chinchetas junto al torno. Conectó el microprocesador y comenzó a teclear. En la pantalla apareció una larga serie de caracteres.

—Puedo leerlo. No llego a entender qué clase de broma es ésta, pero en este programa se contienen los pesos exactos de los materiales que debo emplear, las pinturas y esmaltes que he de utilizar, y el tiempo y la temperatura de cocción y hasta el diseño de la vasija y la forma en que han de estar dispuestas las piedras. Si vuelven mañana podré enseñarles algo.

—¡*Allah* sea loado! Este es el final de una larga búsqueda. Perdóneme por mi atrevimiento, ¿podría quedarme aquí mientras trabaja?

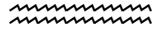
La ceramista miró a su alrededor:

—Bueno, no sé si esto es muy habitable.

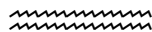
Ben Saíd levantó una mano. El negro salió y volvió al cabo de unos instantes arrastrando un voluminoso fardo. Lo desplegó sobre el suelo y trabajó afanosamente. Al cabo de unos minutos una majestuosa *jaima* ocupaba gran parte del taller. Ben Saíd dio un suspiro de satisfacción, se recostó sobre unos almohadones mientras Moharras lo rociaba con agua de azahar, y encendió una larga pipa de *kif*.

—No sé cómo agradecerle su hospitalidad.

Hadiya se dejó caer abrumada ante el microprocesador y comenzó a teclear rabiosamente, mientras el aroma del *kif* desplazaba al del sándalo y Moharras, a los pies de su amo, tañía en un laúd una doliente melodía andalusí.



—¡Señoría, señoría, despierte!
La ceramista, despeinada, macilenta, cubierta de barro y pintura, sacudía convulsivamente a Ben Saíd.
—¿Sí? ¿Qué sucede? ¿Qué hora es?
—Son las doce de la noche.
—¿Ha terminado?
—La vasija está en el horno.
—¿Es bella?
—Es más que bella. Es prodigiosa. Nunca pensé que podría salir algo así de mis manos. Todo lo que había que hacer estaba perfectamente programado.
—Estaba escrito.
—Sí, pero ...
—¿Pero?
—No puedo seguir.
Ben Saíd se incorporó de un salto.
—¿Qué quiere decir?
La ceramista se arrodilló sollozante.
—He trabajado durante catorce horas seguidas. He cumplido fielmente todas las instrucciones del programa. Todo ha encajado. Había una lógica perfecta. Las piedras están engarzadas en el barro guardando un orden sideral. ¡*Allah* me proteja!... Puedo reconocer la Vía Láctea y adivinar constelaciones desconocidas. Pero ahora ...
—¿Ahora, qué?
—Debe haber un error.
—Lo que está escrito, escrito está. No puede haber errores.
—Si cumplo las instrucciones, el horno estallará.
—Cumpla las instrucciones.
—No es posible. Moriremos todos.
Ben Saíd dio dos palmadas. El negro surgió de la penumbra, blandió una cimitarra y apoyó su filo sobre el cuello de la ceramista. Hadiya besó el borde del *caftán* de Ben Saíd y se dirigió tambaleándose al horno. Reguló los mandos y miró implorante hacia atrás. El negro levantó la cimitarra. La ceramista apretó el botón.



El humo se disipaba lentamente. El estruendo de la explosión reverberaba en los desfiladeros de la sierra como una tormenta lejana. Ben Saíd, entre los res-

tos del taller, giraba con suavidad una vasija deslumbrante en la que esmeraldas y rubíes se solapaban formando constelaciones recurrentes. A medida que la vasija giraba sobre las ruinas de Magerit iban brotando las fuentes, las palmeras se multiplicaban y majestuosos oasis aparecían y desaparecían desde el borde la sierra hasta el límite del horizonte.

EL REGRESO

Se habían conocido accidentalmente una noche de otoño. Un alma caritativa, a la vista de su evidente soledad, los situó en asientos contiguos en una confusa y multitudinaria cena de homenaje a un ilustre prócer en decadencia. Karima miró de reojo a su compañero de mesa, lo encontró razonablemente atractivo y puso en marcha un tortuoso plan de seducción a largo plazo que se reveló absolutamente innecesario cuando Dris, antes de que sirvieran los postres, la cogió del brazo y le dijo con firmeza:

—Vámonos.

La besó en la primera esquina sombría y Karima sintió que toda su complicada estrategia de conquista se venía abajo ante la actitud de Dris que actuaba como si estuviera en terreno conquistado y que, sin pedir ni dar explicaciones, la llevó a su casa.

A la mañana siguiente, Dris emergió del cuarto de baño afeitado y vestido, se arrodilló ante la cama y, con una ansiedad que no se compadecía con la prepotencia de la noche anterior, dijo:

—¿Cuándo te volveré a ver?

Karima acarició la mano de aquel desconocido del que apenas sabía su nombre de pila y dijo:

—Salgo hoy para Sudamérica.

—¿Cuándo vuelves?

—Acércame el bolso, por favor.

Karima sacó el billete y dijo:

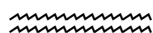
—Dentro de un mes.

—Déjame ver.

Dris cogió el billete y anotó cuidadosamente el día, la hora y el número del vuelo.

—Te esperaré en el aeropuerto dentro de un mes. Adiós.

Y se fue, dejando a Karima sumergida en una sensación pantanosa compuesta de soledad, desamparo y autocompasión que amenazaba con asfixiarla. Intentó controlarse acudiendo al uso racional de la lógica y cuando comprobó que aquel camino sólo la llevaba a hundirse más en la ciénaga, decidió que en la soledad de la habitación no tenía por qué seguir desempeñando por más tiempo su papel de mujer madura, consciente, responsable y liberada y comenzó a llorar amargamente.



Mientras Dris dudaba ante el escaparate de la floristería, Karima intentaba restaurar ante el espejo los estragos de la larga noche trasatlántica. Le parecía

absurdo que aquel enérgico desconocido cuya cara apenas podía recordar le estuviera esperando, pero era una posibilidad que no debía ser descartada. A medida que el avión se acercaba a Magerit, Karima veía crecer su nerviosismo. Como en la mañana de la despedida sentía que no podía controlar racionalmente la situación y que el eventual reencuentro lo llevaría indefectiblemente hasta los brazos de aquel hombre que, en aquellos momentos, tiraba sus reservas por la borda y maldiciéndose por ceder a un impulso irracional entraba en la tienda y compraba un enorme ramo de rosas rojas como la sangre y luego, absolutamente avergonzado, sintiéndose blanco de las miradas del mundo entero, cogía su coche y enfilaba la autopista del aeropuerto.



Avianca anuncia la llegada de su vuelo 334, procedente de Bogotá y San Juan de Puerto Rico.

Dris estiraba la cabeza intentando en vano ver algo a través de las intermitentes aperturas de las puertas de cristal que ocultaban la aduana donde Karima denegaba distraídamente a las preguntas del carabinero mientras se interrogaba angustiadamente si el hombre que quizás la estuviese esperando era alto o bajo, rubio o moreno. El hombre que en efecto la esperaba se sintió de repente asaltado por una duda semejante. En aquel momento de impaciente espera sólo era capaz de recordar con precisión la voz de ella. Rezó para ser reconocido.

Las puertas se abrieron definitivamente y Karima, tirando con dificultad de la maleta con ruedas, enfiló el pasillo de salida. Intentaba encontrar la aguja en el pajar de la multitud afectuosa que esperaba a los pasajeros del Jumbo. Al fondo, un cincuentón canoso y vulgar, con una gabardina arrugada y un inmenso ramo de rosas parecía estar esperando la llegada de alguna estrella de cine. Karima decidió volver a la realidad. Nadie tenía la obligación de esperarla a ella. Agachó la cabeza, abandonando la búsqueda y siento como si, de repente, hubiese envejecido diez años. Diez años menos, pensó Dris, debía tener Karima, descartando a aquella mujer que arrastraba penosamente su maleta y cuya figura le resultó familiar por un momento. Esperó a que la aduana vomitara el último de los pasajeros, depositó cuidadosamente el ramo de flores en brazos de una desconcertada azafata y, con las manos en los bolsillos, buscó la salida tras los pasos de Karima que estremecida contempló a través del cristal los copos de nieve que comenzaban a caer y, con los dientes apretados, traspasó la puerta y se hundió en el invierno que acababa de irrumpir en su vida.

CODA Y FINAL

...que acababa de irrumpir en su vida.

Comencé a recoger el tenderete. La gente que me rodeaba no se movió. Me detuve desconcertado.

–Bueno, es que ya se ha acabado...

–Ni hablar –dijo una señora vestida de negro, con sus poderosos brazos en jarras.

–¿Cómo dice?

–Que ni hablar. A ver si se cree que nos va a dejar así, a mitad del cuento. ¿No es verdad, Fatma?

–Vaya –confirmó escuetamente Fatma, depositando en el suelo la bolsa llena de acelgas, espinacas y cebolletas–. Ni más, más ni más, menos, Sohra.

–Pero es que este cuento ya se ha terminado –insistí cautamente–. Si quieren que les cuente otro...

–Qué se va a terminar ni terminar, hombre –dijo la Fatma sarcásticamente–. ¿Usted cree que son ésas maneras de dejar a una pobre mujer tirada en mitad del aeropuerto con un maletón a cuestas y encima nevando?

–¿Y qué quiere que yo le haga si la vida es así? –dije sin convicción mirando de reojo al resto de los espectadores que murmuraban disconformes.

–¡Pues no, señor! –gritó el vendedor de sandalias del puesto contiguo–. La vida es según usted la cuenta y creo que aquí, las señoras, tienen toda la razón. Y si usted, mayormente, instala aquí su puesto tiene la obligación de complacer al personal que para eso es el que paga. Vamos, que hay que ser legal.

A duras penas me tragué las ganas de informar al personal pagano de que aquel cínico hacía pasar material sintético por cuero cambiando las etiquetas de sus sandalias.

–¿Quién da la vez? –dijo una voz cascada y vacilante.

–Servidora. Pero, ¿para qué quiere usted la vez?

–¡Ay, hija! No sé, pero como hay tanto bullicio digo yo que habrá buen género.

–¡Un momento! –grité, decidido a tomar las riendas de la situación–. O sea que lo que ustedes quieren es un final feliz.

–Tampoco es eso –intervino el vendedor de melones–. Porque si nos ponemos a pensar, ¿qué es la felicidad?

La pregunta desató una ola de protestas. Levanté los brazos.

–Sea. Escuchen con atención –las voces se aplacaron.

Dris, ignorando la nieve, caminó cabizbajo hasta el aparcamiento, subió al coche y se dirigió hacia la salida del aeropuerto lentamente. Al pasar ante la terminal internacional vio a una mujer sentada sobre una maleta, con la cara hundida entre las manos. Dris detuvo el coche.

–¿Puedo llevarla a algún lado, señorita?

Karima levantó la vista y, a través de las lágrimas, reconoció el rostro de aquel hombre

como era realmente y no como ella se había empeñado en reconstruir en sus largos paseos por las lagunas de Cartagena y las carreras de Bogotá.

—Donde tú quieras, Dris —contestó.

Callé y miré expectante al auditorio.

—¡Oigan, qué melones, pero qué melones! —voceó el del puesto frontero.

—¡Dos pares de sandalias, mil pesetas, y un pay-pay de regalo para que no se sofoquen! —proclamó mi vecino haciéndome un amistoso guiño.

Miré indeciso a la señora de luto. Sonreía beatíficamente con las manos cruzadas sobre el vientre. Le devolví la sonrisa y seguí desmontando el tenderete.



B
I
B
L
I
O
T
E
C
A
B
A
B
A
B